

Religión: Lo Esencial y Lo No Esencial

El mundo de la existencia es una manifestación del Atributo misericordioso de Dios. Él ha dejado Su radiación sobre el fenómeno de los seres a través de la efulgencia de Su Misericordia y Él es clemente y bondadoso con toda Su creación. Por lo que, el mundo de la humanidad debe siempre ser el recipiente de las bondades del Eterno Señor. Como Su Santidad Jesucristo declaró: “Sed perfectos como vuestro Padre que está en los Cielos”. Es así que Sus bondades, como la luz y el calor del sol sobre el cielo material, descienden del mismo modo sobre toda la humanidad. Consecuentemente el hombre debe aprender la lección de bondad y beneficencia de Dios Mismo. Así como Dios es bondadoso con toda la humanidad, así también el hombre debe serlo con sus semejantes. Si su actitud es justa y cariñosa hacia ellos, hacia toda la creación, realmente entonces merecerá ser llamado la imagen y semejanza de Dios.

La hermandad o fraternidad es de diferentes clases. Puede ser la asociación familiar, la íntima relación del hogar. Esto es limitado y sujeto a cambios y destrucciones. Cuan a menudo acontece que en una familia, el amor y el entendimiento se cambian en enemistad y antagonismo. Otra forma de fraternidad está manifiesta en el patriotismo. El hombre ama a sus semejantes porque pertenecen a la misma tierra donde nacieron. Esto es también limitado y sujeto a cambios y desintegración; por ejemplo, cuando hijos del mismo país se levantan contra los otros en guerras, matanzas y peleas. Todavía otra hermandad o fraternidad es aquélla que se forma de la unión racial, la unidad de origen de razas que produce lazos de afinidad y asociación; ésta asimismo, tiene sus limitaciones y cambios porque muy a menudo guerras y luchas mortales se han presentado entre los pueblos y naciones del mismo linaje racial. Hay una cuarta clase de hermandad, la actitud del hombre hacia la humanidad misma, el amor altruista a la clase humana y el reconocimiento del vínculo fundamental humano. A pesar de ser esto ilimitado es sin embargo susceptible de cambio y destrucción. Aun de este vínculo fraternal universal, el resultado buscado no aparece. ¿Cuál es el resultado que se busca? Bondadoso amor entre todos los seres humanos y una firme, indestructible hermandad que incluye todas las posibilidades divinas y significados en la humanidad. Por consiguiente, es evidente que la fraternidad, amor y bondad basados en la familia, lugar de nacimiento, raza o una actitud de altruismo, no son ni suficientes ni permanentes, puesto que todos ellos son limitados, restringidos y sujetos a cambios y disgregación. En la familia hay discordias y desunión; entre los hijos

del mismo país se presencian luchas y guerras sin cuartel; entre aquéllos de la misma raza, la hostilidad y el odio son frecuentes y aun entre los variados aspectos de opinión altruista y la falta de desinteresada devoción dan poca promesa, para los humanos, de unidad permanente e indestructible.

Es así que el Señor de los humanos ha traído al mundo Sus Divinas Manifestaciones. Él ha revelado Sus Libros Celestiales con el objeto de establecer una hermandad espiritual, y a través del Poder del Espíritu Santo, ha hecho practicable una perfecta fraternidad entre los humanos y por intermedio del aliento del Espíritu Santo esta perfecta fraternidad y entendimiento se han establecido entre los hombres. Siendo esta hermandad y amor de carácter espiritual, esta amorosa bondad celestial, estos estrechos lazos divinos, entonces aparece una unidad que es indisoluble, invariable y nunca sujeta a transformaciones. Siempre es la misma y por siempre permanecerá la misma. Por ejemplo, consideremos la hermandad establecida por Su Santidad Jesucristo. Observemos cómo esta fraternidad fue conducente a la unión y concordia y cómo trajo a las almas a un plano de un alcance uniforme, donde ellas estaban deseosas de sacrificar sus vidas en beneficio de otras. Estaban contentas de renunciar posesiones y listas gozosamente a perder su vida misma; vivieron juntas en tal amor y compañerismo que aun un famoso filósofo griego, Galeno sin ser cristiano, en una obra titulada, “El Progreso de las Naciones”, dice que las creencias religiosas son conducentes a los fundamentos de una real civilización. Como prueba de ello agrega: “Un cierto número de personas contemporáneas nuestras, son conocidas como cristianas. Ellas gozan de un grado superlativo de civilización moral. Cada una de ellas es un gran filósofo porque viven juntas en el más grande amor y compañerismo. Sacrifican sus vidas por los otros. Les ofrecen sus posesiones terrenales. Se puede decir del pueblo cristiano que es como una persona. Hay un lazo entre ellas que es indisoluble en carácter”.

Es evidente por lo tanto, que el fundamento de una real hermandad, la causa de un amor de cooperación reciprocidad, y la fuente de una sincera bondad y desinteresada devoción no es otra que el aliento del Espíritu Santo. Sin su influencia y ánimo es imposible lograrlo. Estamos capacitados de realizar algunos grados de fraternidad por intermedio de otros motivos, pero éstas son asociaciones limitadas y sujetas a cambios. Cuando la hermandad humana se funda en el Espíritu Santo, es eterna, sin cambio, ilimitada.

En muchas partes del Oriente, hubo un tiempo en el cual la hermandad, la bondad amorosa y todas las cualidades dignas de mención de la humanidad parecían haber desaparecido; no había evidencia de una fraternidad patriótica, religiosa o racial; al contrario prevalecían condiciones de fanatismo, odio y

prejuicios. Los adherentes de cada religión eran violentos enemigos de los seguidores de otras religiones, llenos de un espíritu de hostilidad y ávidos de sangre. La actual guerra de los Balcanes (1912) nos da un ejemplo de estas condiciones. Considerad la matanza, ferocidad y opresión que se manifiesta allí, aun en este siglo de luz; todo ello basado fundamentalmente en prejuicios religiosos y mal entendimientos. Más aún, las naciones comprometidas pertenecen al mismo pueblo y raza y sin embargo actúan salvajemente y sin misericordia entre ellas. Similarmente condiciones tan deplorables prevalecían en Persia en el siglo XIX. La obscuridad e ignorante fanatismo se extendieron; ningún signo de compañerismo o hermandad existía entre las razas. Al contrario, los corazones humanos estaban llenos de rabia y odio, lóbreguez y tinieblas se manifestaron por doquier en las vidas y condiciones humanas. En un tiempo como éste, Su Santidad Bahá'u'lláh apareció en el Horizonte Divino, como la Gloria del Sol, y en esa gran obscuridad y desesperanza del mundo humano, brilló una gran Luz. Él fundó la unión del mundo de la humanidad, declarando que toda ella es como un rebaño y que Dios es el real y verdadero Pastor. El Pastor es sólo Uno y todos los pueblos Su rebaño.

El mundo de la humanidad es uno y Dios es igualmente bondadoso con todos. Entonces, ¿cuál es la fuente del desamor y odio en el mundo humano? Este verdadero Pastor ama Su rebaño. Lo conduce a las siempre verdes praderas; lo cría y lo protege. Por tanto, ¿cuál es la fuente de la enemistad y desunión entre los hombres? ¿Por qué entonces estos conflictos y luchas? La verdadera causa fundamental es la falta de asociación y de unidad religiosa, porque en cada una de las grandes Religiones encontramos superstición, ciegas imitaciones de credos y fórmulas teológicas a las que se adhieren en lugar de hacerlo a los Fundamentos Divinos, causando divergencias entre los humanos en lugar de entendimiento y compañerismo. Como consecuencia, luchas, odios y guerras se han levantado basados sobre estas divergencias y separación. Si investigamos los Fundamentos de las Religiones Divinas, encontramos que ellos son uno solo, absolutamente invariable y jamás sujeto a transformación. Por ejemplo, cada una de las Religiones Divinas contiene dos clases de leyes u ordenanzas. Una fracción comprende el mundo de las instituciones morales y éticas. Éstas son las Ordenanzas esenciales. Ellas inculcan y despiertan el conocimiento y amor de Dios, amor por la humanidad, las virtudes del mundo humano, los atributos del Reino Divino, el renacimiento y resurrección del reino de la naturaleza. Éstos constituyen una clase de Ley Divina, la cual es común a todas y que no está sujeta a cambios. Desde la aurora del ciclo de Adán hasta nuestros días, esta Ley fundamental de Dios ha continuado sin cambios. Éste es el cimiento de la Religión Divina.

La segunda parte comprende las leyes e instituciones que proveen las necesidades humanas de acuerdo a las exigencias de lugar y tiempo. Éstas son accidentales, no tienen una importancia esencial y nunca deberían haber sido la causa y la fuente del mal entendimiento humano. Por ejemplo, durante el tiempo de Su Santidad Moisés, ¡la Paz sea con Él!, de acuerdo a las exigencias de aquel período, el divorcio era permitido. Durante el ciclo de Su Santidad Jesucristo, como el divorcio ya no estaba de acuerdo con el tiempo y condiciones, Él lo abolió. En el ciclo de Moisés la pluralidad de esposas fue permitida, pero durante el tiempo de Jesucristo se la prohibió, en vista de que ya no existía su necesidad. Moisés vivió en los despoblados desiertos del Sinaí, por lo que Sus preceptos y mandatos estaban de acuerdo con esas condiciones. La penalidad del robo era el corte de la mano del autor. Una ordenanza de esta clase estaba de acuerdo con la seguridad de la vida en los desiertos; pero, no puede ser adaptable a las condiciones del presente día. Es así que esta clase de preceptos constituyen la segunda o no esencial división de las Religiones Divinas y no tienen importancia porque ellas tratan con transacciones humanas que siempre cambian de acuerdo con las exigencias de lugar y tiempo.

Por consiguiente, el Fundamento esencial de las Religiones Divinas es sólo uno. Siendo esto una Verdad, ¿por qué existe la lucha y hostilidad entre ellas? ¿Por qué este odio, guerra, ferocidad y matanza continúan? ¿Es esto justo y permitido? ¡Dios no lo permita!

'Abdu'l-Bahá, Fundamentos de Unidad Mundial, p. 135
